

Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo

- **Ez 34, 11-12. 15-17.** A vosotros, mi rebaño, yo voy a juzgar entre oveja y oveja.
- **Sal 22. R.** El Señor es mi pastor, nada me falta.
- **1 Cor 15, 20-26. 28.** Entregará el reino a Dios Padre, y así Dios será todo en todos.
- **Mt 25, 31-46.** Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

En esta impresionante descripción del juicio final está muy relacionada con el resto del discurso, como en las parábolas de los domingos anteriores, aparecen dos grupos de personas cuyo comportamiento ha sido bien diferente antes del retorno de Jesús. La introducción presenta al Hijo del hombre, que llega con todos sus ángeles y se sienta en el trono de la gloria, para juzgar a todas las naciones, reunidas ante él. Después vienen dos diálogos de Jesús con dos grupos de personas: los de la derecha, que heredan el reino por haber puesto en práctica el mandamiento del amor; y los de la izquierda, que son arrojados al fuego eterno, por no haberlo hecho. Ambos diálogos poseen exactamente el mismo esquema: declaración de Jesús—pregunta de los interlocutores—explicación de Jesús. La composición termina con una breve conclusión, que recoge los resultados del juicio.

La venida de Jesús al final de los tiempos será, ante todo, un acto de discernimiento. Lo que resulta más sorprendente y llamativo es la medida que se utiliza en este juicio. En él lo decisivo será la actitud de amor o indiferencia hacia los necesitados, representados aquí en seis casos (hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos y encarcelados), que pueden ampliarse. La razón última está en la íntima solidaridad que existe entre éstos y Jesús: lo que se hace con ellos, se hace con Jesús. Estar vigilantes y preparados consiste principalmente en vivir según el mandamiento del amor. No es suficiente con pertenecer a la iglesia, porque en el momento decisivo lo que contarán serán esos gestos concretos de amor y solidaridad para con los marginados y los pobres.

El Señor pone ante mis ojos lo que es esencial para pertenecer a tu Reino: reconocerle y amarle en uno de esos sus pequeños. Me pone ante mis desgracias, ante mis omisiones, ante mí mismo... Aquel día no será otro que este en el que mi hermano sufre, padece y muere... Hoy es cuando debo encontrarme y encontrarle; reconocerme y reconocerle. Aquel día todo estará decidido. Todo se juega en cada momento; el vencimiento último, la cita con lo eterno es hoy.

Jesús me dice: «si quieres encontrarme como rey has de buscarme lejos de los triunfos y de los cortejos imponentes. Buscarme en lo perdido, en el cansado,

en el desalentado; en la oveja enferma o herida...; donde no hay nadie, allí estoy yo. Si me estás buscando... no tengo cara de rey y menos estilo de soberano al uso. Tengo rostro de pobre, de color (de cualquier color), de desgracia, de uno que está lejísimo y que está a tu lado... Si quieres venir o verme, no tienes que hacer cola, en ningún lugar importante. No vivo allí. Vivo en el hambre, en la cola del paro, en la marginación, en la soledad... Mi palacio real es la miseria cansada por las criaturas. Siempre estoy a la espera».

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- ¿Qué trato mantengo con los pobres, enfermos, desafortunados de mi entorno?
- ¿Abrazo al que está a mi lado?
- ¿Me ocupo de lo cercano?
- ¿Tengo sentimientos de cercanía?
- ¿Me comprometo con lo desafortunado?
- ¿Tengo los oídos abiertos a las desgracias?
- ¿Mi corazón busca el rostro de Dios? ¿Dónde lo busco...?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Con vosotros está
y no le conocéis.
Con vosotros está,
su nombre es el Señor.

Su nombre es el Señor y pasa hambre,
clama por la boca del hambriento,
y muchos que lo ven pasan de largo
acaso por llegar temprano al templo.

Su nombre es el Señor y sed soporta,
está en quien de justicia va sediento,
y muchos que lo ven pasan de largo
a veces ocupados en sus rezos.

Su nombre es el Señor y está desnudo,
la ausencia del amor hiela sus huesos,
y muchos que lo ven pasan de largo,
seguros al calor de su dinero.

Su nombre es el Señor y enfermo vive,
y su agonía es la del enfermo,
y muchos que lo saben no hacen caso:
"tal vez no frecuentaban mucho el templo".

Su nombre es el Señor y está en la cárcel,
está en la soledad de cada preso,
y nadie lo visita y hasta dicen:
"Tal vez no era uno de los nuestros".

Su nombre es el Señor, el que sed tiene,
quién pide por la boca del hambriento,
está preso, está enfermo, está desnudo,
pero Él nos va a juzgar por todo eso.

4. La voz del Papa

Ángelus 22/11/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo, que cierra el año litúrgico, la gran parábola en la que se despliega el misterio de Cristo: todo el año litúrgico. Él es el Alfa y el Omega, el comienzo y el cumplimiento de la historia; y la liturgia de hoy se centra en el “omega”, es decir, en el destino final. El sentido de la historia se comprende teniendo ante nuestros ojos su culminación: el final es también el fin. Y esto es precisamente lo que hace Mateo, en el Evangelio de este domingo (25, 31-46), colocando el discurso de Jesús sobre el juicio universal en el epílogo de su vida terrenal: Él, a quien los hombres están a punto de condenar, es en realidad el juez supremo. En su muerte y resurrección, Jesús se mostrará como el Señor de la historia, el Rey del universo, el Juez de todo. Pero la paradoja cristiana es que el Juez no reviste una realeza temible, sino que es un pastor lleno de mansedumbre y misericordia.

En efecto, Jesús, en esta parábola del juicio final, utiliza la imagen del pastor. Toma las imágenes del profeta Ezequiel, que hablaba de la intervención de Dios en favor del pueblo, contra los malos pastores de Israel (cf. 34, 1-10). Aquellos habían sido crueles, explotadores, prefiriendo alimentarse ellos mismos en lugar del rebaño; por lo tanto, Dios mismo promete cuidar personalmente de su rebaño, defendiéndolo de las injusticias y los abusos. Esta promesa de Dios para su pueblo se cumplió plenamente en Jesucristo, el Pastor, precisamente Él es el Buen Pastor. También Él mismo dice de sí: «Yo soy el buen pastor» (Jn 10, 11.14).

En la página evangélica de hoy, Jesús se identifica no sólo con el rey pastor, sino también con las ovejas perdidas. Podríamos hablar de una “doble identidad”: el rey-pastor, Jesús, se identifica también con las ovejas, es decir, con los hermanos más pequeños y necesitados. Y así indica el criterio del juicio: se efectuará sobre la base del amor concreto dado o negado a estas personas, porque él mismo, el juez, está presente en cada una de ellas. Él es juez, Él es Dios-hombre, pero Él es también el pobre, Él está escondido, está presente en la persona de los pobres que Él menciona precisamente allí. Jesús dice: «En verdad os digo que cuanto hicisteis (o no hicisteis) a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí lo hicisteis (o no lo hicisteis)» (vv. 40.45). Seremos juzgados por el amor. El juicio será por el amor. No por el sentimiento, no: por las obras, por la compasión que se hace cercanía y ayuda solícita.

¿Yo me acerco a Jesús presente en la persona de los enfermos, de los pobres, de los que sufren, de los presos, de los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Me acerco a Jesús presente allí? Esta es la pregunta de hoy.

El Señor, pues, en el fin del mundo, pasará revista a su rebaño, y lo hará no sólo del lado del pastor, sino también del lado de las ovejas, con las que se ha identificado. Y nos preguntará: “¿Has sido un poco pastor, como yo?”. “¿Has sido pastor mío, de mí, que estaba presente en esa gente necesitada, o has sido indiferente?”. Hermanos y hermanas, guardémonos de la lógica de la indiferencia, de lo que viene inmediatamente a la mente: mirar a otra parte cuando vemos un problema. Recordemos la parábola del Buen Samaritano. Aquel pobre hombre, herido por los bandidos, tirado en el suelo, entre la vida y la muerte, estaba allí solo. Pasó un sacerdote, lo vio, y se fue, miró hacia otro lado. Pasó un levita, lo vio y miró hacia otro lado. ¿Soy yo, ante mis hermanos y hermanas necesitados, tan indiferente como este sacerdote, como este levita, y miro a otra parte? Seré juzgado por esto: por cómo me acerqué, por cómo miré a Jesús presente en la necesidad.

Esta es la lógica, y no lo digo yo, lo dice Jesús: “Lo que hicisteis a éste, a éste, a éste, me lo habéis hecho a mí. Y lo que no hicisteis a éste, a éste, a éste, a éste, a mí no lo hicisteis, porque yo estaba allí”. Qué Jesús nos enseñe esta lógica, esta lógica de cercanía, de acercarnos a Él, con amor, en la persona de los que más sufren.

Pidamos a la Virgen María que nos enseñe a reinar en el servir. Nuestra Señora, asunta al Cielo, recibió la corona real de su Hijo, porque lo siguió fielmente —es la primera discípula— en el camino del Amor. Aprendamos de ella a entrar desde ahora en el Reino de Dios, por la puerta del servicio humilde y generoso. Y volvamos a casa solamente con esta frase: “Yo estaba presente allí. ¡Gracias!” o si no “Te has olvidado de mí”.